

veces se oyen los gritos y lamentos de estos infelices, al pasar por las cárceles por la mañana.³²

Fuera de estas diferencias que estima son un lastre de la cultura norteamericana, defectos muy sensibles en su desarrollo social, todo lo demás parece a los ojos de Zavala superior, y digno de imitar.

Estima que la organización político-jurídica de Norteamérica debe ser seguida ajustándola a la realidad y luego que se conozca a fondo; que ciertas formas judiciales como el jurado deben establecerse en México, por lo que él abogó tanto en el Estado de México al igual que el doctor José María Luis Mora; que debe esforzarse el país por establecer, al igual que allá, una limpia democracia política, la cual deba ser respetada como expresión libre y espontánea de la voluntad popular. Que su ejercicio salvaguardado tanto por el Estado como por una alta conciencia ciudadana, evitará los continuos golpes de Estado, los motines y las rebeliones caudillistas.

Afirmaba don Lorenzo que la conciencia ciudadana sólo era posible establecerla a base de una transformación cultural de la población, lo cual sólo se lograría favoreciendo las instituciones de enseñanza, la instrucción pública que debería llegar a todas las capas del pueblo. Zavala es un fervoroso partidario de los sistemas educativos establecidos en los Estados Unidos, y al igual que el doctor Mora, aboga por un cambio radical en nuestros planteles, que modificará a la larga la mentalidad de los mexicanos.³³ Zavala estaba consciente de que sólo un cam-

³² *Ibidem*, p. 52.

³³ *Ibidem*, p. 145 y otras. En relación con la educación como fuerza de transformación, escribe: "Este ramo es uno de los más atendidos en aquella ciudad. Nueva York tiene más de trescientas escuelas, la mayor parte gratuitas, en que aprenden cerca de cuarenta mil niños de ambos sexos. No he visto ningún hombre que no sepa leer, y muy pocos son los que no sepan escribir entre los que habitan las ciudades de los Estados Unidos. De aquí proviene el que lean los papeles públicos, tomen parte en las cuestiones de grande interés, y formen una masa de opinión irresistible. Ningún pueblo hay ni ha habido en donde los ciudadanos tengan o hayan tenido una influencia tan decisiva y directa en las decisiones de su gobierno. En Atenas y en Roma un pueblo dirigido por oradores ambiciosos o asalariados, tomaba al parecer sus resoluciones después del examen de la materia que se sujetaban a su deliberación. Todo era obra del entusiasmo o del espíritu de partido, de donde resultaban esos actos de injusticia, que la posteridad ha condenado, y que condujeron aquellas repúblicas a su ruina. Pericles en Atenas, y Cicerón en cuencia. Aristófanos comenzó la desgracia de Sócrates, y Anito sublevó los sentimientos del pueblo contra el más sabio de los hombres. Clodio dio principio a la

bio de mentalidad, como Jefferson opinaba, podría lograr que el pueblo mexicano se transformara. Ese cambio, Zavala no lo creía imposible. Pensaba que había que utilizar la educación, la religión, la política y

desgracia del grande orador romano, y Antonio le llevó al suplicio. En los Estados Unidos del Norte aunque el pueblo gobierne, y las cámaras sean su fiel intérprete, las resoluciones vienen de largas y profundas discusiones. Los Meetings o asambleas populares en que se debaten las cuestiones políticas, no resuelven nada definitivamente. Manifiestan únicamente la opinión de una fracción pequeña del país, que encuentra o no encuentra simpatías o cooperación en las otras asambleas de la Unión. Entre tanto se discuten las mismas cuestiones en los periódicos y el Norte-Americano al pie de un árbol si es labrador o pastor, o en su bufete si es abogado, o en su mostrador si negociante, o en su taller si artesano, lee y fija sus ideas con calma y madurez. Un gobierno semejante es la utopía buscada por los escritores políticos”.

El señor Van-Buren tuvo la bondad de acompañarme a visitar al presidente Jackson, a quien vi por segunda vez, habiéndolo hecho antes en Cincinnati, como llevo dicho. El ilustre jefe me invitó a comer y tuve la satisfacción de sentarme al lado de uno de los grandes personajes históricos de la república angloamericana, y oír de su boca la relación de algunos sucesos importantes. Nuestra conversación giró principalmente acerca de los sucesos de México, y el respetable anciano se explicó con un tacto y discernimiento que me dio una idea ventajosa de su capacidad mental y de su juicio recto. “Ustedes, me dijo, tienen que pasar por muchas pruebas antes de purgarse de los vicios y preocupaciones de su anterior educación y forma de gobierno. Los pueblos siguen por mucho tiempo, después de un cambio político, los impulsos y dirección de sus anteriores hábitos, y para variarlos se necesita más que leyes, la enseñanza y la educación popular.

Y, adelante, pp. 301-303 añade: “En Boston hay sesenta y ocho escuelas gratuitas, fuera de veintitrés dominicales. Es cierto que en este Estado y el de Connecticut, es en donde la educación está más adelantada. Según el cálculo hecho por las relaciones oficiales venidas a la capital en 1830, entre sesenta mil personas, sólo había cuatrocientas que no sabían leer ni escribir, y de ciento treinta y un pueblos que presentaron sus estados de educación, ascendía a doce mil trescientos noventa y tres el número de niños de ambos sexos, que aprendían a leer, escribir, aritmética y álgebra, principios de geografía, historia, dibujo y religión, y sólo había cincuenta y ocho que no sabían leer y escribir, entre todos los niños desde catorce a veinte años. La suma anual destinada en la ciudad de Boston de los fondos públicos para este sagrado objeto, es desde cincuenta hasta setenta mil pesos.

El método de arreglar estos establecimientos en los Estados Unidos merece la atención de los mexicanos. Cada año se reúnen los representantes de los respectivos barrios y nombran diez o doce comisionados que llaman Trustees, los cuales se encargan de la colectación de los fondos, de su distribución, del examen del estado de las escuelas, conducta de los maestros, número de niños, instrumentos, libros, etc. Estos recogen los productos de los legados, donaciones, concesiones de las legislaturas y demás productos destinados a la educación. Cuando han concluido su año, publican una relación en que se cuenta al público de todo lo que han observado, las mejoras que juzgan deben hacerse, de los gastos, número de niños, etc. Ahora que escribo esto, tengo a la vista la vigesimacuarta relación anual de los Trustees de la sociedad pública de Nueva York; *Twenty-fourth report of the public school society of New York*.

aun la coacción para hacerlo posible, que sólo mediante una lucha que necesariamente despertaría resistencias se podría llegar a triunfar y a establecer un país que aprovechando sus elementos particulares positivos, admitiera los que le vendrían de naciones más adelantadas, de culturas que él creía superiores, no por la raza ni por la sangre, sino

Se puede asegurar, sobre cálculos muy aproximados, que una tercera parte de los habitantes de los Estados de Massachussets y Connecticut concurren a las escuelas, y que a excepción de los mil personas, en una población de dos millones que tienen estos Estados, todos saben leer y escribir a lo menos. Compárese esta situación moral del pueblo de los Estados Unidos con uno o dos de nuestros Estados, y se conocerá cuál es la verdadera razón porque es imposible por ahora nivelar nuestras instituciones a las de nuestros vecinos, particularmente en algunos Estados. Los de México, por ejemplo, y Yucatán, de que tengo mayor conocimiento, se puede afirmar que, entre un millón doscientos mil habitantes que tiene el primero, y setecientos mil que tiene el segundo, habrá, cuando mucho, la proporción de uno entre veinte. Algo más: entre los cinco milésimos que saben leer y escribir dos quintos no conocen la aritmética, tres quintos ignoran hasta el significado de la voz geografía, historia, astronomía, etc. Cuatro quintos no saben lo que es la Biblia, y los nombres de Génesis, Paralipomenon, Evangelio, Apocalipsis son enteramente desconocidos. Añádase a esto que en Yucatán hay a lo menos un tercio de los habitantes que no hablan el castellano, y en el Estado de México un quinto. Los que cuentan por nada el grado de civilización de las masas para dar instituciones a los pueblos, o son sumamente ignortantes, o son extremadamente perversos.”

De una de tantas instituciones educativas existentes en la Unión, la Academia Militar de West Point que se deseó tomar como modelo para crear nuestro colegio militar y de sus sistemas, escribe: “West Point es el punto en que está la escuela militar, colocada sobre una vasta plataforma que pertenece a una rama de los Alleghanis, y a sus pies corre el majestuoso Hudson. La meseta está elevada más de trescientos pies sobre el nivel del río, y de consiguiente el aire es sano, los estudiantes gozan de buena salud. El estado mismo de aislamiento de este instituto, les pone al abrigo de la corrupción de las ciudades, al mismo tiempo que les obliga a entregarse a sus estudios sin distracciones. La instrucción y las costumbres ganan al mismo tiempo. El número de estudiantes es de doscientos veinte: son recibidos gratuitamente, luego que el secretario de la guerra de los Estados Unidos comunica la orden del presidente. Las condiciones que deben tener los jóvenes, son de quince a diez y ocho años de edad; buena letra, conocimiento perfecto de la lengua inglesa y poseer los primeros elementos de aritmética. El curso de estudios es de cuatro años, en cuyo periodo aprenden las matemáticas, astronomía, física experimental, ciencias militares, historia natural, geografía, lengua francesa, historia, dibujo, filosofía moral y les leyes de la Unión. Se les enseña al mismo tiempo el manejo de armas, el ejercicio de campaña y la práctica del arte militar en general. Con este objeto se destinan dos meses del año a hacer en las comarcas cercanas excursiones, en donde los estudiantes levantan planos, toman posiciones y se acostumbra a las fatigas de la campaña.

Las ciencias matemáticas son las en que se ocupa más activamente. Se exigen de los colegiales conocimientos de mucha extensión y superiores a los que en Europa se requieren generalmente para hacer un buen oficial de infantería o caballe-

por su instrucción, su disciplina, por el cultivo de la libertad, por la vigilancia del orden y el mantenimiento de la paz, por su laboriosidad, su espíritu de empresa, por su tolerancia. Advierte que para realizar ese cambio se requiere renovar la sangre y el espíritu, y que esto sólo será posible —así lo creía él al igual que muchos otros mexicanos que veían en la colonización extranjera una panacea— mediante una fuerte corriente migratoria que transformara toda nuestra forma de ser. De ahí deriva este trozo que aparecido en su *Ensayo histórico...*, reitera en su *Viaje a los Estados Unidos*.

En mi *Ensayo histórico de las revoluciones de México* he manifestado mis opiniones acerca de esa bella y rica porción de terreno, conocido antes por provincia de Texas, y hoy como una parte integrante del Estado de Coahuila y Texas. Abierta la puerta a la colonización, como debía ser, bajo un sistema de gobierno libre, era necesario que una generación nueva apareciese dentro de pocos años poblando parte de la República Mexicana, y de consiguiente que esta nueva población fuese enteramente heterogénea, respecto de las otras provincias o Estados del país. Quince o veinte mil extranjeros distribuidos en las vastas comarcas de México, Oaxaca, Veracruz, etc., diseminados entre los antiguos habitantes, no pueden causar ningún cambio súbito en sus usos, costumbres y hábitos. Más bien ellos adoptan las inclinaciones, maneras, idioma, religión, política y aun los vicios de la multitud que les rodea. Un inglés será mexicano en México, y un mexicano inglés en Londres. No sucederá lo mismo con las colonias. Lugares enteramente desiertos, bosques y florestas, inhabitadas hace doce años, convertidos en villas y pueblos repentinamente por alemanes, irlandeses, y norteamericanos, deben por necesidad formar una nación enteramente diversa, y sería absurdo pretender que renunciasen a su religión, a sus costumbres y a sus más profundas convicciones. ¿Cuáles serán los resultados?

diversas cuestiones de geometría y análisis con grande facilidad. Este rasgo y muchos que podría citar de Indios mexicanos que hacen honor a su patria, desmienten la aserción de Buffon y Raynal de que los indígenas de las Américas no pueden llegar al grado de inteligencia que los habitantes del antiguo mundo.” territorios que explorar y fecundar, a cuyo efecto los conocimientos matemáticos son sumamente útiles.

En todo el establecimiento reina el orden y la decencia, y la instrucción es bastante avanzada. Hace pocos años que un joven indio de la tribu de los Creeks, llamado Moniac, ocupaba un lugar distinguido entre los estudiantes. Yo he oído elogios acerca de sus conocimientos matemáticos, de personas que le vieron resolver. Se da mucha importancia a las matemáticas en los Estados Unidos, seguramente porque hay todavía y habrá por mucho tiempo una grande cantidad de

Ya lo he anunicado muchas veces. Ellos no podrán sujetarse al régimen militar y gobierno eclesiástico, que por desgracia ha continuado en el territorio mexicano, a pesar de las constituciones republicano democráticas. Alegarán las instituciones que deben gobernar el país; y querrán que no sean un engaño, una ilusión, sino una realidad. Cuando un jefe militar intente intervenir en sus transacciones civiles, resistirán y triunfarán. Formarán asambleas populares para tratar los asuntos públicos, como se practica en los Estados Unidos y en Inglaterra. Levantarán capillas de diferentes cultos para adorar al Creador conforme a sus creencias. Las prácticas religiosas son una necesidad social, uno de los grandes consuelos a los males de la humanidad. ¿El gobierno de México enviará a Texas una legión de soldados para hacer cumplir el artículo 3o. de la Constitución Mexicana, que prohíbe el ejercicio de otro culto que el católico? Dentro de pocos años esta feliz conquista de civilización continuará su curso por los otros Estados hacia el sudoeste, y los de Tamaulipas, Nuevo León, San Luis, Chihuahua, Durango, Jalisco y Zacatecas serán los más libres en la confederación mexicana; mientras que los de México, Puebla, Veracruz, Oaxaca, Michoacán y Chiapas tendrán que experimentar, durante algún tiempo, la influencia militar y eclesiástica.³⁴

Zavala y Mora pensaban que la existencia de dos cuerpos (el clero y el ejército), que para ellos representaban la mayor resistencia a vencer, pues desvirtuando su esencia se habían convertido en grupos que trataban de mantener a toda costa el antiguo régimen, se opondrían a ese cambio. Por ello Zavala desea la existencia de una Iglesia desligada de toda intervención política, de un poder netamente espiritual que ejerza sobre la sociedad una sana influencia, que mediante sus prácticas conduzca al pueblo no a la realización de actos supersticiosos, sino a acrecentar profundamente sus sentimientos religiosos que le harán ser cada día mejor, alejándole de prácticas viciosas, y que aumenten la moral y purifiquen en general al ambiente.

Considera perjudicial la alianza de Estado e Iglesia y más aún el absolutismo religioso que ahoga la libertad de creer sin cortapisas y sin presiones. Menciona que la alianza de Estado e Iglesia es nociva, pues el Estado se ha apoyado muchas veces en la Iglesia para ahogar las libertades esenciales. Propone por ello una absoluta separación, y una amplia tolerancia religiosa. La religión es para Zavala elemento impor-

³⁴ *Ibidem*, pp. 140-142.

tante en toda sociedad, pero indica que debe ejercerse sin coacciones. Esta reflexión y la observación de la libertad de cultos existente en Norteamérica, ninguno de los cuales contaba con el apoyo político, es la que le lleva a escribir:

El pueblo [norte]americano es sumamente religioso, hasta el grado de fanático en algunos pueblos y congregaciones; pero el culto está enteramente en manos del pueblo. Ni el gobierno general, ni el de los Estados tienen género alguno de intervención en las materias religiosas. La necesidad de tener un templo o capilla para juntarse los sábados, como ellos dicen, conforme al precepto del *Génesis*, forma esas asambleas de gentes de un mismo culto, quienes convienen en los términos en que se ha de arreglar el culto; nombran sus ministros, los mantienen, y ejercen sobre ellos la jurisdicción que debe tener una compañía que paga sus pendientes. Para facilitar el ejercicio de su gobierno litúrgico y económico, se eligen cierto número de personas que tienen las facultades de administración delegadas por la congregación. Entre los protestantes, luteranos, presbiterianos, episcopales, etc., el pueblo elige sus ministros, y los despide cuando tienen mala conducta. Entre los católicos sucede lo mismo; pero usan la forma de pedirlo al obispo, que jamás se lo niega. Los obispos católicos son enviados por el papa; y ellos los reciben o no según les parece conveniente. Los episcopales, cuando tienen vacante, se reúnen a nombrar sus prelados. Todo esto es conforme a la disciplina de los primeros siglos del cristianismo, y compatible con el sistema de igualdad popular. Otro cualquier método, en que el gobierno tenga parte en los negocios del culto, es destructivo de la libertad.³⁵

El pleno conocimiento de la realidad mexicana, de los defectos y desviaciones que el mismo Zavala había causado, y su comparación con un modelo que era la cristalización perfecta de amplios ideales de la humanidad, de los ideales de la Ilustración y del liberalismo, llevan a este sociólogo y político perspicaz a admitir como posible una gran transformación para México, transformación basada en el ejemplo que ofrecían los Estados Unidos.

Admirado, enceguecido por la deslumbrante luz que emanaba de un país en pleno crecimiento, seguro de que ahí se hacían realidad los principios que él había adoptado y que creía tenían validez universal, Zavala, como otros efusivos idealistas, trató de transformar a México,

³⁵ *Ibidem*, pp. 130-131.

haciéndolo semejante a los Estados Unidos. No pudo advertir, y en ello radicó su error, que bajo todo el aspecto positivo que ese país ofrecía: crecimiento, poderío, firmeza institucional, libertad, democracia, cultura, tolerancia, yacían poderosas fuerzas que si bien apoyaban toda esa estructura, trataban de aprovecharla en un interés más efectivo, el del dominio político, el de la hegemonía económica, el de la absorción y sujeción de todos aquellos grupos, de todos aquellos países, de los que ansiaban sus riquezas. Creyó Zavala que los colonos que favorecía tendrían alma de pastores bondadosos que con su ejemplo modificarían a la población y no vio cómo por abajo de las exigencias de los colonos se movía una fuerza expansiva empujada por poderosos, pero inclementes intereses.

De toda suerte, en Zavala se pueden advertir en plenitud una serie de influencias ideológicas, muchas de ellas positivas que actuaron en nuestra realidad.

Un largo párrafo final muestra a qué conclusiones podía arribar este ideólogo mexicano en su admiración hacia los Estados Unidos.

Al echar una ojeada rápida sobre esa nación gigantesca, que nació ayer y que hoy extiende sus brazos desde el Atlántico hasta el Pacífico y mar de la China; el observador queda absorto y naturalmente se hace la cuestión, de cuál será el término de su grandeza y prosperidad. No es el poder de las conquistas ni la fuerza de las armas; tampoco el prestigio ni las ilusiones de un culto que reúne a las reglas de la moral los misterios del dogma, es un orden social nuevo, brillante, positivo; un sistema político que ha excluido todos los privilegios, todas las distinciones consagradas por los siglos anteriores, el que ha hecho esa prodigiosa creación. A la vista de este fenómeno político, los hombres de Estado de todos los países, los filósofos, los economistas se han detenido a contemplar la marcha rápida de este portentoso pueblo, y conviniendo unánimes en la nunca vista prosperidad de sus habitantes al lado de la sobriedad, del amor al trabajo, de la libertad más indefinida, de las virtudes domésticas, de una actividad creadora y de una religiosidad casi fanática, se han esforzado a explicar las causas de estos grandes resultados.

En efecto, la escuela política de los Estados Unidos es un sistema completo; obra clásica, única: un descubrimiento semejante al de la imprenta, al de la brújula, al del vapor; pero un descubrimiento que aplica la fuerza moral de las inteligencias individuales a mover la gran máquina social hasta hoy arrastrada, más bien que dirigida, tirada por resortes facticios, compuesta de combinaciones heterogé-

neas, mosaico monstruoso de trozos unidos de feudalismo, superstición, privilegios de castas, legitimidad, santidades y otros elementos contranaturales; y escombros de ese diluvio de tinieblas que inundó al género humano durante doce centurias.

Muy bien pueden los publicistas europeos librarse a interpretaciones, vaticinios, conjeturas y comentarios siniestros sobre las constituciones, porvenir, estabilidad y leyes de los Estados Unidos. Lo que no pueden negar, es, que no hay ni hubo jamás un pueblo en que los derechos del ciudadano fuesen más respetados, en que los individuos tuviesen más participación en el gobierno, en que las masas estuviesen más perfectamente niveladas en todos los goces sociales. ¿Qué género de argumento es contra sus instituciones el anunciar a una nación un porvenir desgraciado, catástrofes melancólicas, cuando al presente está llena de vida, de felicidad y de ventura? Los que no pueden resistir a la convicción de los hechos palpables, de una experiencia diaria, recurren a vaticinios funestos y predicen ya la disolución de la gran república. Nosotros les contestaremos que vale más el bien presente, que esperanzas nunca realizadas; que no habrá un hombre ni pueblo que prefiera vivir en la opresión o en la miseria, a la existencia feliz e independiente de aquella república; sólo porque algunos malhumorados políticos le dicen que aquella situación próspera no durará doscientos años. No, jamás se debilitará la fuerza de ese ejemplo vivo y perseverante de utopía social, con semejantes argumentos. Espiad enhorabuena sus pequeñas y efímeras asonadas; exagerad el calor de sus debates públicos; los tumultos de sus elecciones; sus rarísimas aberraciones de fanatismo presbiteriano; su aversión a la casta negra, sus dificultades por su sistema de esclavitud, sus cuestiones de aranceles, embarazos momentáneos de sus bancos; comentad de la manera más desfavorable estas crisis políticas y económicas; una solución positiva, una peripecia feliz y pronta viene a contestar todos vuestros argumentos. Aquel pueblo, lleno de vida y movimiento, continúa su curso a un fin, y desde las fronteras de la Nueva Escocia, hasta las de Nuevo México, el norteamericano sólo obra sobre estos principios: trabajo y derechos del ciudadano. Su código es conciso, pero claro, neto, perceptible. En las cuestiones combinadas, en que no pueden decidir por no estar al alcance de las clases menos ilustradas, se refieren enteramente a aquella parte que les ha parecido haber merecido mejor su confianza, por una serie de acciones y decisiones rectas y de resultados benéficos.

Pero es necesario distinguir a la nación mexicana aquella parte poblada, disciplinada, fundada por decirlo así, en los moldes de su

antigua metrópoli, de la parte desnuda de habitantes, y de consiguiente susceptible de una nueva población, diversa enteramente de la otra. En la primera existirá por muchos años todavía la lucha de principios opuestos que se han plantado en sus instituciones y será inevitable la guerra civil, mientras que en la segunda los colonos americanos, alemanes, irlandeses e ingleses forman pueblos enteramente libres, que prosperarán pacíficamente bajo la influencia de sus instituciones democráticas, y más que todo de sus hábitos al trabajo, de sus ideas y convicciones acerca de la dignidad del hombre y del respeto que se debe a las leyes. Así pues, mientras que los Estados de Puebla, Chiapas, Oaxaca, México, Querétaro, Michoacán, Guanajuato continúan entregados al brazo militar y eclesiástico en pena de sus preocupaciones, de su ignorancia y de su superstición; mientras que en el seno de estos Estados algunos patriotas generosos e ilustrados harán esfuerzos para elevar a sus conciudadanos al nivel de las instituciones adoptadas, y procurarán darles lecciones de libertad y de tolerancia; mientras estos elementos opuestos enciendan el embate entre una juventud ardiente, amante del progreso y de la civilización, y un clero ignorante, apegado fuertemente a sus privilegios y rentas; sostenido por algunos generales y oficiales reliquias del antiguo ejército español, sin fe, sin honor, sin patriotismo, poseídos de una sórdida avaricia y entregados a vicios degradantes, mientras esto pasa en estos Estados, los otros se poblarán, se enriquecerán, procurando evitar ser contaminados por los desastrosos acontecimientos de sus hermanos del mediodía.

El término sin embargo será el triunfo de la libertad en estos Estados; y sobre los escombros góticos y de privilegios insostenibles, se levantará una generación gloriosa e ilustrada, que poniendo en movimiento todos los elementos de riqueza de que abundan, asociará al fin esa clase indígena degradada y envilecida hasta hoy, a la familia civilizada, enseñándola a pensar y a estimar su dignidad elevando sus pensamientos. ¿Qué barrera podrá oponerse a este torrente que ha nacido hace veinticuatro años en un pequeño pueblo del Bajío, oscuro en su origen, sin dirección ni cause, devastando cuanto encontraba, hoy un río majestuoso que recibe aguas puras y cristalinas de otros países, y que fecundará todo el territorio mexicano? Inútiles esfuerzos opondrá una generación envilecida, heredera de las tradiciones y creencias castellanas, y defensora sin grandes resultados de sus antisociales doctrinas. El sistema americano obtendrá una victoria completa aunque ensangrentada.³⁶

³⁶ *Ibidem*, pp. 354-368.

La influencia ideológica de los Estados Unidos no se detiene en las primeras décadas de nuestra vida independiente. Ni la guerra de Texas en 1835 ni la invasión de 1847 impiden que siga ejerciéndose. No me refiero a la política intervencionista de ese país en nuestro desarrollo político y económico, sino a una influencia cultural, a un paso espontáneo y tranquilo de ideas, de instituciones, de formas de ser.

Esa influencia se observa tanto en lo material como en lo espiritual. Es evidente que no todo cuanto ocurría en los Estados Unidos influía en México, pero sí muchos de los hechos trascendentales de aquel país repercutieron en nuestro desarrollo. El ascenso de Lincoln a la presidencia de la República, la guerra de secesión, importaron muchísimo en nuestra política internacional y la consolidación de la República, lograda con el esfuerzo del pueblo mexicano que cobró en ese momento conciencia plena de la nacionalidad, debe reconocer que el triunfo de las ideas de Abraham Lincoln apoyó ese esfuerzo.

La República, una vez que puso en juego un vasto plan de transformaciones, principalmente en lo cultural, transformaciones que aun nos benefician, siguió con interés el desarrollo institucional de los Estados Unidos, y no sólo el institucional sino el general.

El triunfo de la Reforma y de los ideales republicanos hicieron posible en México iniciar una transformación ideológica. El amplio plan reformista que había sido enunciado en 1833 con la administración Mora-Gómez Farías, se hizo posible a partir de 1867, en que empezaron a hacerse realidad una serie de instituciones y disposiciones encaminadas a modificar positivamente la mentalidad mexicana. La legislación dada con este fin, así como las instituciones creadas, revelan cómo en este renglón se siguieron de preferencia las normas europeas, la experiencia de las naciones más adelantadas del Viejo Mundo. Francia, que había sido la agresora, fue el país que a partir de ese momento y aun antes de la intervención, ejercería una influencia mayor sobre nuestro desarrollo cultural. De ese momento parte el afrancesamiento de nuestra cultura, de nuestras costumbres. Más tarde, cuando las instituciones superiores están creadas y funcionan, y cuando se hace necesario atender al crecimiento escolar, se adaptarán normas educacionales procedentes de los Estados Unidos. La expansión demográfica y escolar de los Estados Unidos y la solución atinada que se le dio a través de sus notables pedagogos y de la creación de una cadena de establecimientos educativos que satisfacían la necesidad de instrucción de capas amplias de población, fue vista con interés por los mexicanos

y por otros dirigentes hispanoamericanos, quienes tratarían de aclimatarlas a toda costa en nuestras latitudes. Un ejemplo de ello, ya en nuestro siglo, consistió en la creación de la escuela secundaria que hizo Moisés Sáenz, y la cual rompió con el tradicional sistema de bachillerato tomado de los países europeos. Otros ejemplos más pueden darse de esa influencia, mas no hemos de fatigar con todas esas citas a quienes nos siguen.

A cincuenta o más años que Lorenzo de Zavala visitara los Estados Unidos, otro mexicano, un gran mexicano lúcido, penetrante, patriota, incursionará, en "Tierra Yankee".³⁷ Justo Sierra en el año de 1895 emprende un viaje que durará varios meses por el vecino país, y de su visita nos deja espléndido testimonio en el que se destaca la lucidez con que el visitante penetró en las formas de ser, en el trasfondo del poderío de los Estados Unidos, en su grandeza que advirtió había llegado a un esplendor considerable, pero que a la vez estaba amenazada por extremos peligros, por males irreversibles. Justo Sierra no es un censor de los Estados Unidos, pero tampoco un hombre como Zavala que considere a este país como modelo. Percibe las grandes virtudes de la nación, sus elementos positivos, su grandeza material que le admira; sus esfuerzos por crear una cultura sólida, su consciente preocupación por consolidar en una nación armónica, fuerte, responsable, distintos grupos nacionales, por absorber sus virtudes y desarrollarlas en beneficio de la colectividad; pero también advierte ciertos males sociales que le preocupan.

Como educador, la admiración y entusiasmo que siente por las instituciones educativas y culturales del vecino país es inmensa, y en eso coincide con Zavala. Numerosos trozos escribe en su relato acerca del colosal esfuerzo educativo que se hace en el vecino país. Podemos pensar que ese asombro y ese entusiasmo sólo fueron iguales a los que experimentó Domingo Faustino Sarmiento al observar el desarrollo educativo estadounidense, al cerciorarse cómo Horacio Mann y otros pedagogos transformaban con un sentido místico de la educación a su país, transformación que tanto Sarmiento como Sierra deseaban.

³⁷ Sierra, Justo, "Viajes en tierra yanqui, en la Europa Latina", edición, notas e índices de José Luis Martínez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948; 372 pp., ils. (*Obras completas* del maestro Justo Sierra, t. VI).

Unos trozos a este respecto son los siguientes:

Lo que es para mí tentación suprema, es ver las escuelas. Un día que iba solo rumbo al Central Park, muy temprano me colé en una. ¡Cuánto bueno entreví en cinco minutos! El edificio me pareció muy pintoresco, pero muy alto; en estas elevadísimas y graciosas torrecillas espía a los niños del duende feroz del incendio; es verdad que todo está previsto, escaleras de fierro bien aisladas que sirven unas para que los alumnos suban, y para que bajen, otras; por dondequiera, en los pasillos, bocas de agua listas, con sus servicios de mangas, etc.; sin embargo, el pánico echa por tierra todas las precauciones. Aquí en la escuela primaria superior o *high school*, lo mismo que en el *kinder-garden* (esa deliciosa institución froebeliana por la que tienen pasión aquí y que entre nosotros apenas ha podido prosperar, por la viejí-sima preocupación del alfabeto y los palotes) y en toda enseñanza, como en la sociedad entera, predomina, reina, triunfa la mujer. Esta es una escuela mixta, y aunque la coeducación no sea tan absoluta como creemos, pues muchachos y muchachas juegan y salen aparte, el hecho es que existe sin inconvenientes. ¡Ay del rapaz que faltara el respeto a una *girl*!, sus compañeros se encargarían del castigo. Dirección y profesorado aquí son femeninos; las mujeres obtienen diez veces más que los hombres, en cuanto a aplicación y disciplina.

La sala de asamblea, como aquí llaman al aula, es capaz de contener mucha gente; es un gran espacio dividido por tabiques de madera, que se doblan y desaparecen; sirven, pues, para clases y para reuniones; en el fondo el estrado y el magnífico órgano. Lo que encanta es el aseo, la elegancia, el confort; aquí no hay pupitres para dos personas siquiera; cada alumno tiene su silla, con un brazo movable a la derecha, que es también mesa y atril. Todo esto me daba envidia. ¡Figúrense mis lectores que en la gran escuela (?) en que yo sirvo como profesor y donde se han gastado considerable número de millares de pesos en los últimos años, son contadas las clases en que los alumnos pueden estar bien sentados, y no hay una en que puedan tomar notas, como no sea sobre sus rodillas! Parece mentira.³⁸

Y en torno a la educación superior, al apoyo a la cultura en sus manifestaciones más elevadas nos dirá palabras exaltadas llenas de elogio. A la par de esa admiración, Sierra estima como logro inigualable la libertad de que se goza en los Estados Unidos. Sentado frente a la Es-

³⁸ *Ibidem*, pp. 83-84.

tatua de la libertad, medita sobre el alcance de la libertad, sobre este anhelo que en México parecía inalcanzable y que en cambio ve convertido en algo tangible en el país vecino:

¡Oh! libertad, reina aquí sobre inconvencible asiento; allá ideal muy puro, sí, puro ideal. ¿Qué eres, por qué no nos conformamos con vivir sin ti, con ser dichosos sin ti? ¿Por qué, para apellidarte, apuramos los vocablos de admiración y amor de nuestro idioma? ¿Por qué te llamamos augusta, y santa y tres veces santa y más aún, te llamamos madre? ¿Madre de qué eres tú? ¡Madre de violencias, de tumultos, de manos armadas, de multitudes ebrias, de sociedades históricas, de pueblos que se bambolean y se desmoronan, eso eres en la historia! ¡Oh manía incurable de nuestro corazón! Pero si no esperásemos en ti, no creeríamos en la vida moral; nos sabría a ceniza el placer más noble; se apagaría, como una llama en el fanal reumático, nuestra fe en el porvenir. ¿Te veremos los hombres de mi generación aunque sea sentada al borde de nuestra tumba? ¡Te hemos llamado, te hemos amado tanto! [...] ¡Mi generación creyó entrever un día tu aurora política! ¿Fue una visión juvenil? No importa; moriremos gritando como el Berlichingen de Goethe: ¡Aire celeste [...] libertad, libertad!³⁹

Si en los años en que Zavala visitó la Unión, su desarrollo material ya era considerable, cincuenta años más tarde ese desarrollo tuvo que ser mayor. La tecnología se había acrecentado, las obras de infraestructura, como hoy las llamamos, daban a aquel país un aspecto totalmente diferente a cualquier otro, el crecimiento de las ciudades era inmenso y el pueblo comenzaba a gozar de muchas comodidades, de bienes materiales que en México eran desconocidos. Este aspecto lo vio muy bien don Justo, amante del sibaritismo como lo era y de todo ello resultó muy bien impresionado. Algunas líneas de él nos ilustran muy bien al respecto.⁴⁰

³⁹ *Ibidem*, p. 71.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 70 en donde dice: Así, al visitar Manhattan escribe: “En este triángulo el mundo entero está presente en vertiginosas transacciones comerciales, y todos los representantes del comercio del mundo han querido tener ahí un despacho, un mostrador, un libro de cuentas; por eso el terreno tuvo una demanda enorme y todo quedó distribuido en proporciones de siete y medio metros de frente; entonces, para dar cabida a esta enorme población diurna de la transacción y del lucro, sobre un piso vino otro y veinte más, los arquitectos americanos, preocupados bien poco del arte, y gobernados por la necesidad de conquistar en el aire lo que no era lícito tener en el suelo, y de buscar en sus construcciones mucha

Pero si estos aspectos tan positivos advirtió Sierra, no pudo menos de sorprenderse de algunas fallas que la sociedad norteamericana presentaba. Estas fallas son las mismas que percibió Zavala, sólo que Zavala vio el problema de la discriminación racial como algo que repugnaba el sentimiento de fraternidad universal, a la idea de una igualdad esencial de todos los hombres; en cambio, Sierra no vio con simpatía a los grupos negros, aunque sí adivinó que en ellos latía un espíritu de odio hacia los blancos, una animadversión violenta.

Algunos renglones que Sierra escribe al efecto nos muestran este sentimiento. De la sociedad y de la población negra que se ha multiplicado en el país escribe, con un aire dolorido.

Esta sociedad está enferma, a pesar de su higiene, enferma de viruela negra. Hay en la Unión, según el censo de este año, 6.388,000 negros puros y 1.132,000 mestizos (mulatos, cuarterones, etc.), y aunque en veinticinco años la proporción de la gente de color respecto de los blancos haya bajado de quince a trece mil cada cien mil blancos, esto no quiere decir que los negros sean cada vez menos prolíficos, sino que la inmigración blanca ha superado a esa fuerza reproductiva. Sea lo que fuere, Washington es una de las capitales de la nación negra y eso la carga de sombra. El mulato de los hoteles de New York, es limpio, elegante y simpático, con frecuencia; el negro de los hoteles de Washington es sucio y feo como un diablo de baja estofa. Pobre raza, apenas desprendida de la esclavitud, apenas en estado de oruge hace un tercio de siglo, la libertad ha hecho

resistencia contra el viento y contra lo deleznable del piso, han hecho maravillas de solidez frágil; empeñados en tener en sus fantásticas torres todo el confort, toda la comodidad características de la cultura yankee, inventaron los 'elevadores' y otra porción de cosas que es preciso que nuestros arquitectos vayan a estudiar allí, *sur le terrain*, porque cada una de ellas significa una dificultad vencida a fuerza de cálculo, un problema resuelto a fuerza de ingenio. Y así es como se han puesto de moda en New York y en toda la Unión, estas casas que los americanos llaman con cierto orgullo 'rasca nubes', sky-scrapers. Pronto estas torres serán de acero, o de vidrio, o de aluminio, subirán (hay una en construcción de veinticinco pisos y otra de treinta y dos en proyecto para *el Sur*, popular periódico de aquí), a 140 metros. Supongo que habrá que tener entonces encendida la luz eléctrica todo el día en las calles de esta Babilonia".

Y del Puente de Brooklin por entonces el mejor del mundo dice: "Y es indecible la elegancia de esta cosa enorme (que me perdone el lector los epítetos, no hay otros en mi carnet de viaje). ¡Hay tal gracia del encaje metálico en la onda espléndida que traza esta hamaca de cuatro cables de acero kilométricos, que partiendo de otras curvas amplísimas sobre la tierra firme, atraviesan las cornisas superiores de las pilas y sostienen el puente a cuarenta metros de altura sobre el agua. La mesa tramada de metal tiene cuatrocientos cincuenta metros de largo,

de ello un efecto singular parecido al del alcohol; en realidad no lo ha hecho libre, sino insolente.⁴¹

En otros trozos, don Justo vuelve a incidir en este tema y aun cuando comprende que el sentimiento de las masas negras se origina en viejos agravios, no cree como Zavala que esas diferencias puedan resolverse por la educación o una amplia liberación sino que teme, tal vez por el recuerdo de la lejana guerra de castas que se dio en su patria natal, en una explosión de odio de la gente de color, explosión que afectaría hondamente a la población blanca.

Algunas otras lacras sociales hirieron la sensibilidad de Sierra, mas en el fondo, una vez que pudo penetrar en el mundo material de los Estados Unidos, de las cosas, como él le llama, se creó en él amplia admiración por la potente república del Norte. Si sus primeras páginas son sobrias y discretas en su expresión emocional, al final del libro se advierte asombro por lo que ve, por la civilización material de que los Estados Unidos se ufanan y también por hondas expresiones espirituales que se daban en aquel país. Como Zavala, piensa que las formas religiosas de los mexicanos son imperfectas, pues se detienen en lo superficial y no crean un auténtico espíritu cristiano. En cambio admira la labor religiosa profundamente espiritual desarrollada por personajes como el arzobispo Gibbon,

hombre grande de alma y de cuerpo grande, por su candor de lirio evangélico, por su fe en Cristo y en la democracia. Gibbon e Ireland, las dos columnas magnas del catolicismo angloamericano, son personalidades apasionantes. Sus contornos hieráticos, pero luminosos destacándose en la inmensa mancha de sombra de irreligiosidad de nuestro tiempo, parecen prefigurar al misionero del porvenir, al hombre de concordia, de caridad y de pueblo, destinado a resucitar la religión, limpiándola del parasitismo gigantesco de la superstición y de la nimia y micróbica devoción que no es más que una forma de la irreligiosidad, y encendiendo en las almas muertas un calor de amor hacia el supremo ideal de justicia simbolizado en la cruz y que será lo único que podrá convertir en unánime *sursum* el terrible choque de los grupos humanos en el siglo que llega.⁴²

cuyos bordes están unidos a los cables por varillas de acero que se cruzan con las que parten en abanico de las cornisas al puente, formando una red que da fuerza, aumentando la gracilidad aérea de la construcción”.

⁴¹ *Ibidem*, p. 112.

⁴² *Ibidem*, p. 129.

Junto a estas observaciones y otras más, todas ellas inteligentes y oportunas, don Justo llega a una que le preocupa a lo largo de su recorrido y de la narración que de él hace. Al observar de cerca al coloso que eran los Estados Unidos en aquellos años, al percibir y sentir su grandeza, poderío, recursos, fuerza material e influencia política, no puede menos de afirmar que los Estados Unidos significan una extraña mezcla de elementos óptimos con otros malos. La reflexión que hace al observar la inmensa cúpula del capitolio resulta esencial:

La teoría científica (apoyada en la observación y la experiencia) del gobierno libre, democrático y federal, formulada en preceptos en la Constitución, ha sido, en este laboratorio político y judicial, reducida a la práctica. Y a pesar de que el admirable domo blanco, asentado sobre un tambor artístico de puro estilo francés neoclásico, ha disminuido a la vista sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al crecimiento constante de los pabellones laterales, puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo el continente nuestro; es la mayor altura americana. Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio; su grandeza me abruma y me impacienta, y me irrita a veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo, fue el ogro de nuestra historia, como los niños a los héroes de circo. Pertenezco a un pueblo débil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor.

Desde la noche misma que llegamos a Washington, después del teatro, sin poder dominar nuestra curiosidad, subimos como sombras por la amplísima escalinata que hace accesible la colina del Capitolio; nos sentamos al pie de la gran balaustrada, y durante una hora larga vimos de hito en hito aquel edificio: ¿por qué con indefinible emoción? Es muy grande, muy regular en cada una de sus partes, aunque desproporcionado ya, como he dicho, la cúpula no totaliza el edificio, como antes; necesitaría ser cinco veces mayor de lo que es; no era ni podía ser la mía, como se ve, una emoción estética; era otra, del orden moral, sin duda; muy confusa y muy tumultuosa brotaba de mi memoria y de mi conciencia; pensaba yo en todo lo

que allí se había discutido, en las enseñanzas insólitas que esas discusiones entrañaban, en los actos que de ellas se iban desprendiendo; pensaba yo en las iniquidades allí sancionadas por la facción que perpetró la guerra con México y la anexión de territorios que no eran Texas; pensaba en lo que por tanto tiempo había logrado hacer el partido esclavista protegido por la ley; en la áspera e implacable política de egoísmo nacional que con el título de 'protección a la industria', no sólo ha creado la industria americana, lo que podía justificarla, sino que después de nacida y crecida, la ha mantenido en su situación privilegiada, lo que ha dado por resultado la formación de formidables divisiones sociales en el seno de la democracia, provocando el amontonamiento de gigantescas riquezas en manos de unos cuantos oligarcas y de apetitos insaciables en las densísimas masas obreras; electricidades contrarias de donde se originarán conflagraciones más pavorosas que los cataclismos de la naturaleza que cambian la forma de los continentes. Se ve bien, por contraste, esa base obscura de la flama que esplende en este gran faro en que se combinan el elemento de la ley y de la justicia para producir la luz. El desenvolvimiento de la Constitución, su apropiación a las ingentes necesidades de este organismo que es un milagro de crecimiento, la liberación de millones de esclavos, provocando la guerra civil para hacerla definitiva, y exponiendo a la Unión a disolverse, para hacer triunfar la libertad humana; y el comentario perpetuo de la ley fundamental hecho por su Suprema Corte, que con él ha embebido de derecho constitucional hasta la última celdilla de este cuerpo vivo, esa es la labor sin par del Capitolio. ¿Cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombre, si la historia se inclina? ⁴³

En esta mezcla de elementos, Sierra tiene que reconocer, cargado de una conciencia portadora de dura experiencia, que los Estados Unidos se encuentran encaminados a una fuerte expansión, que en ellos ha surgido ambición imperial incontrastable que arrollará cuantos obstáculos se le opongan. Las páginas que dedica a descifrar la política norteamericana en las Antillas resultan magistrales, máxime que en ellas, avizorando el porvenir, prevé que 1898 será el año decisivo que marcará el fin de un Imperio, el de España en América, para dar lugar a otro, el norteamericano.⁴⁴

⁴³ *Ibidem*, pp. 119-120.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 106 y 149-150. "Y luego, Cuba. ¿Qué actitud tomará el Ejecutivo americano, cuál los poderes legislativos? ¿Cómo permitir que esta guerra, cada vez más sangrienta, siga indefinidamente? Que impidan, no aparentemente, sino de

Y metido ya en esa vía de interpretación de una realidad política, Sierra prevé que los Estados Unidos van encaminados a convertirse en un Estado en el que impere el cesarismo:

Un gran periodo militar y guerrero en que sobrenadan las codicias y los apetitos de dominación y explotación de las conquistas, en este

veras los americanos las expediciones filibusteras, y la insurrección morirá por falta de parque y de dinero, decían los españoles y los españolizantes. La opinión predominante allí y en todos los círculos sociales era ésta: ha llegado la ocasión de resolver el problema cubano; a todo trance será resuelto esta vez; o lo resuelve España o lo resuelven los Estados Unidos; en América no puede haber más que pueblos libres, y Cuba lo será. Sí, pero sólo una política 'sensiblera' puede querer que esta libertad sea obra de los Estados Unidos, replican otros; esto equivaldría en realidad a la anexión de la isla, y los que nos llamamos latinos no podemos ver tranquilamente la absorción del mundo antillano por la raza sajona, que tiene fines y medios esencialmente distintos de los nuestros: éstas, poco más o poco menos, eran las opiniones que allí oímos y de que pudimos tomar nota. Lo repetimos, la idea dominante en los círculos sociales y políticos de la Unión, es que Cuba debe ser independiente, y debe ser, no de los Estados Unidos, ¡oh no!, sino formar parte de los Estados Unidos; no una colonia, sino un Estado de la federación americana. Y eso es indeclinable. Este sentimiento que es general, casi unánime, según pudimos observar, va en un crescendo de exaltación a compás de la exaltación española; al menos en el pueblo. Los móviles humanitarios sobre que se frasea tanto en discursos y artículos, son una soberana añagaza; esto sólo es cierto en el corazón de algunas señoras y estudiantes; lo que aquí hay es una formidable codicia; lo que aquí existe es el mismo cínico apetito que determinó al Congreso americano a aceptar la anexión de Texas, que, al segregarse de nosotros, había hecho lazar por sus *cowboys* un jirón del territorio de Tamaulipas. La verdad es que Cuba es una gran *business*: hace cincuenta años que el entonces ministro Buchanan autorizaba al plenipotenciario Saunders a ofrecer cien millones de duros a España por la siempre infiel isla; cinco años después la oferta subió a doscientos millones, y ahora mismo, si pudiese haber de parte de España una intención manifiesta de discutir semejante proposición, el gobierno americano ofrecería lo mismo o más, con el reconocimiento de la deuda cubana por añadidura. ¡Si será negocio!

Por eso el gobierno de la Casa Blanca tiene la firme decisión de facilitar, con la libertad, la americanización de la isla; éste es el pensamiento, apenas disimulado, es el de *derrière la tête*, como los franceses dicen. Si su actitud ha sido hasta hoy reservada y en apariencia correcta, depende de que aquí una preparación para la guerra es muy lenta y muy pública; pero, según informes que creo buenos, esta preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonestación amistosa a España, se convertirá en aspérrima intimación, y el coloso levantará su voz formidable para formular un insolente ultimátum. Y los españoles no pueden forjarse ilusiones; una guerra por Cuba, que empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular: un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos o tres centenares de buques mercantiles pillados en la mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; sólo servirían para irritarlo, ni lo desangrarán, ni lo rendirán. Verdad es que España, perdiendo a Cuba con honor, es decir, luchando, perderá casi

pueblo repleto de energías de incalculable potencia, traerá consigo un cesarismo más o menos disimulado, pero seguro, y este es quizás el secreto desideratum de un gran grupo de políticos de aquí; ya no preponderan los hombres que rechazaron la anexión de la isla de Santo Domingo, ahora los que quieren anexar el archipiélago de Hawai son los que tienen el oído de esta gran República [...] si no puede la nación americana con su peso romper el equilibrio del mundo político, puede llegar a hacerse temer de Europa y tener inmóvil a la América Latina entre la boca de sus cañones monstruosos, pero esa será la víspera del desmembramiento.⁴⁵

Tanto Sierra como Darío percibían que en medio de grandes recursos espirituales, de logros de la cultura, de un espíritu libertario y tolerante, de un ejercicio democrático casi perfecto, en la estructura norteamericana se perfilaba la figura de Mammon con sus fatales consecuencias. De ese gran pueblo Sierra aporta a México cálida admiración, sincera estima, pero no puede evitar manifestar la herida que lleva, como representante de un pueblo débil, ante la grandeza del ofensor. Un

de un gran grupo de políticos de aquí; ya no preponderan los hombres que rechazaron la anexión de la isla de Santo Domingo; ahora los que quieren anexar el archipiélago de Hawai son los 'que tienen el oído' de esta gran República. Cleveland será uno de los pocos hombres capaces de hacer escuchar los consejos de un honrado y noble amor a la libertad en un pueblo ebrio de fuerza y de gloria, y poseído de la conciencia de su misión de constituir en la tierra un 'pueblo standard', un pueblo tipo, conciencia heredada de sus fundadores puritanos.

Si no puede la nación americana con su peso romper el equilibrio del mundo político, puede llegar a hacerse tener de Europa y tener inmóvil a la América Latina ante la boca de sus cañones monstruos; pero esa será la víspera del desmembramiento.

Mas dejémonos de la manía de profetizar; lo cierto es que Mr. Cleveland es todo un ciudadano; nadie desprecia como él la popularidad o la 'populacheridad'; nadie como él ha sabido ponerse frente a su propio partido y ha arriesgado su jefatura democrática, no por orgullo ni por capricho, sino por no faltar a lo que él cree su deber; esto se llama ser un hombre; los demás, son los títeres cómicos o trágicos de la historia".

nada, si se atiende a la incurable situación de la isla mientras sea española. Pero la guerra con los Estados Unidos, sí enriquecerá con nuevos episodios heroicos los heroicos anales españoles; cavará tal abismo financiero a los pies de la monarquía, que no bastarán a colmarlo las ruinas seculares del trono."

Y agrega en pp. 149-150. "Un gran periodo militar y guerrero, en que sobrenadan las codicias y los apetitos de dominación y explotación de las conquistas, en este pueblo repleto de energías de incalculable potencia, traerá consigo un cesarismo más o menos disimulado, pero seguro, y éste es quizá el secreto desideratum

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 150 y ss.

sentimiento de temor y de resentimiento, de preocupación ante el engrandecimiento cada día mayor del coloso, es el que deriva en esos años, de la mente de los mexicanos, quienes tendrán que adecuar su forma de ser, fortalecerla para defenderse de la absorción que todo país fuerte hace del menos poderoso.

En resumen, podemos decir que la influencia ideológica y, en general, que los Estados Unidos ejercieron en México, fue de una simpatía hacia el hermano mayor, hacia el país maduro de quien se solicitó amistad, ayuda y protección, para pasar después a una admiración sin límites en unos sectores, admiración que llegó al extremo de desear la identificación plena con ese país; y, finalmente, deriva, como consecuencia de nuestra experiencia histórica, a admirar al coloso, pero temerlo, desconfiar de él.